

CULTURA LA RUTINA INVESTIGADORA DE JOSEPH SNOW

## 30 AÑOS ENCERRADO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Todos los días, desde hace tres décadas, el medievalista americano Joseph Snow bucea en el saber que atesora el organismo cultural más antiguo de España. *MAGAZINE* compartió con él una jornada de investigación entre códices y manuscritos, ahora que la magna institución celebra su 300 cumpleaños. por Javier Caballero i fotografía de Chema Conesa

La vida es una ruleta. Naces en Atlantic City (New Jersey, EEUU), en una isla infestada de ruidosos casinos, apostadores y mesas de juego, y encuentras tu silla en el mundo a 6.000 kilómetros de distancia. Concretamente, en el pupitre número 99. Y en medio del silencio y la calma de la Sala General de la Biblioteca Nacional de Madrid. Si la institución cultural más antigua de España cumple 300 años este 2012, a Joseph Snow le corresponde un 10% de tan festiva efeméride. Este medievalista de 71 años lleva más de 30 investigando, consultando, husmeando cual detective del pasado la vida y milagros de Alfonso X el Sabio. Bucea en sus cántigas, puntea códices y manuscritos y sigue su rastro en las laberínticas estancias del mayor templo del saber de nuestro país. En su reservado pupitre 99. Desde hace tres décadas. Todos los días.

De tan vieja costumbre de acudir puntualmente a la Biblioteca, los funcionarios han españolizado su nombre: "Buenos días Pepe Nieves", escucha al traspasar el um-

bral de su segunda casa. Entre sus brazos, un viejo portátil y una carpeta de documentos forrada con las pegatinas de colores que le colocan en la pechera, cada día, y que forman un collage multicolor que delata que Snow ejerce de lector.

Sedente, mudo y solitario, este americano que parece venir de aponear ballenas en Terranova ha sido testigo de tres décadas de evolución de la institución, desde los tiempos de fumar en los pasillos o esperar interminable cola para que la única fotocopiadora diera su fruto, no mayor de 20 páginas-hasta la de hojear catálogos navegando por Internet. Quizá también se haya topado en el ascensor o infiltrado entre las fichas de la hemeroteca con el espectro de algún periodista romántico, de un Nobel o de un mester de clerecía. "Aparte de Alfonso X, me encantaría que se me apareciera Don Juan Manuel, que fue gran político y literato, para preguntarle sobre lo que escribió sobre Alfonso, ¡porque fue su abuelo!", explica este sabio con aires de Hemmingway

que visitó por primera vez España hace la friolera de 50 años... en la fría Segovia.

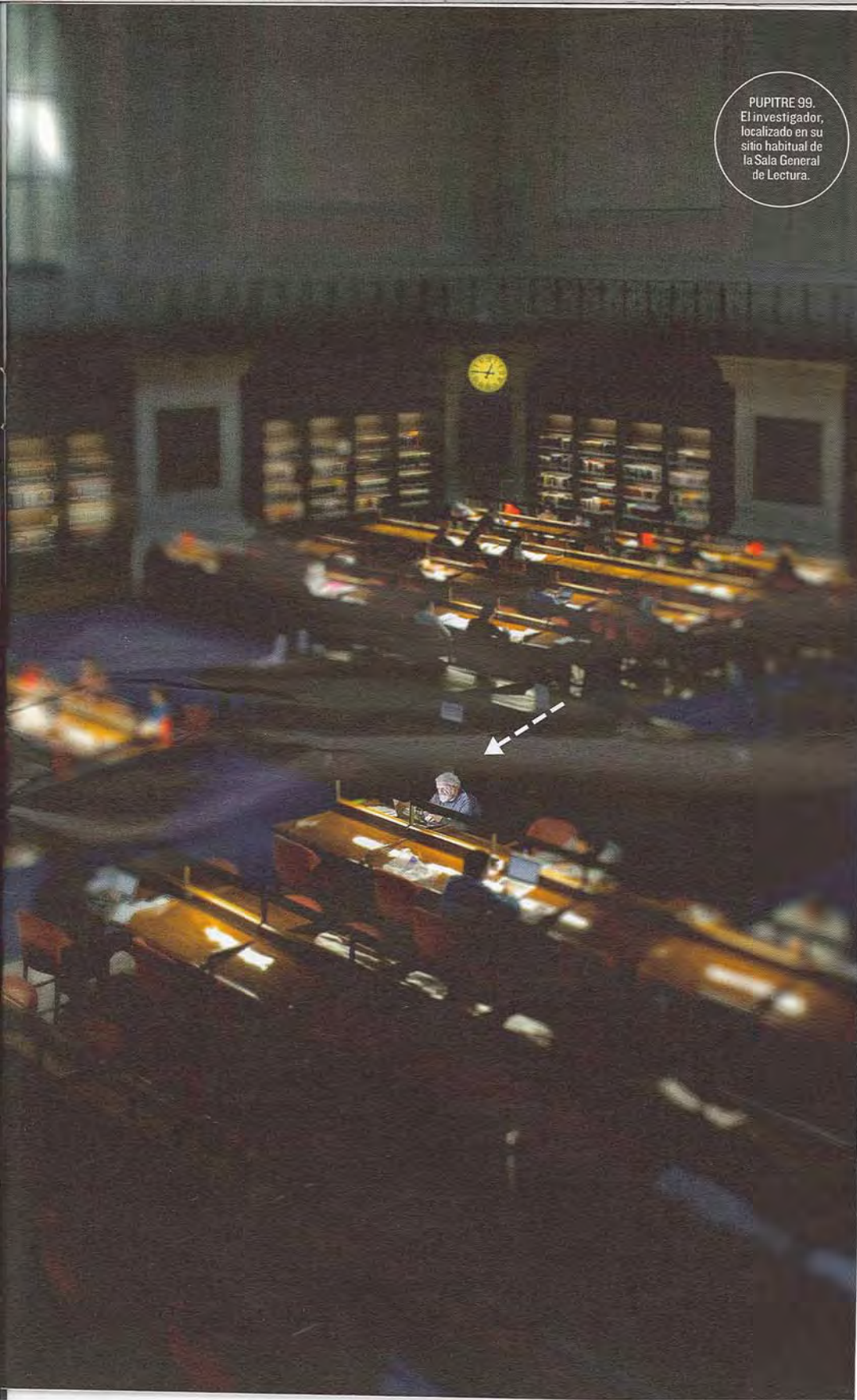
La cronología habla de un investigador políglota, perseverante e inquieto, enamorado de Lope de Vega, San Ildefonso de Toledo o Galdós, que salió de la Universidad de Wisconsin en 1971 con un doctorado sobre Edad Media en la cartera y que fundó y mantuvo en vigor la revista *Celestinesca*, en la Universidad de Georgia, durante 26 años. "En el año 74 vine a Madrid y me instalé en una pensión de la calle Ventura de la Vega, que aún sigue funcionando. Está cerca del Teatro Español. Mi primer barrio fue el barrio de los artistas", evoca.

El alborotado ambiente de sus primeros años en la Biblioteca dista mucho de la pausa, las tenues pisadas y el silencio hospitalario del recinto que fundara Felipe V hace tres siglos. En los años 70 reinaba el ruido y el murmullo de la cháchara estudiantil, la locuacidad incontenible de los jóvenes investigadores que iban, principalmente, a enriquecer su vida social. "En el 74 sí era una cueva misteriosa muy ruidosa, jaja. Los chicos se citaban en el lugar que ahora ocupa la cafetería. Posteriormente se les prohibió la entrada si no venían con proyectos específicos firmados por profesores. Otra diferencia es que había bedeles que te traían los volúmenes y les tenías que dar propinas o algún cigarrillo para que se dieran prisa. No existía esa lucecita que se enciende ahora en los pupitres para avisarte de que tu libro está listo", rememora.

Desde hace años, Nieves toma café y caracola en la misma cafetería en su barrio, Estrecho, y se desayuna enterito *El Mundo*. Seguidamente, agarra el autobús 128 o el 64 para viajar desde Estrecho hasta Cuatro Caminos y de ahí el 45 que le traslada hasta las inmediaciones de la Plaza de Colón. "La Biblioteca abre de nueve de la mañana a nueve de la noche. Yo suelo llegar a las 10 menos 20. Antes de la una, tomo una pulguita con café con leche. Si almuerzo aquí, mínimo permanezco en la Sala General de Lectura hasta las cinco, aunque la mayoría de los días estoy hasta las siete", explica, y agrega que pide el pupitre 99 "porque sentarme todos los días en el mismo sitio me hace más eficiente". No suele frecuentar mucho la Sala Cervantes o "de Libros Raros, como se la ha llamado toda la vida". Allí solo se permite lápiz y unas pesadas culebrillas (él las llama *snakes*), que parecen un rosario con bolitas de plomo, ayudan a pasar las páginas. Para que el saber repose, se coloca un cojín especial que muelle el libro. "Mi metodología es bastante analítica. Llevo más de 200 conferencias y 110 publicaciones sobre la Edad Media. Me interesa la recepción del saber, la historiografía, cómo ha sido la transmisión de *El libro del buen amor*, *La Celestina* o las *Cantigas de Santa María*. Esa es mi aportación".







PUPITRE 99.  
El investigador,  
localizado en su  
sitio habitual de  
la Sala General  
de Lectura.

A tan matemática y puntillosa rutina le pone Snow alguna excepción. "Los sábados hago la compra, lavo la ropa, ordeno mis cosas, mis libros... Soy un solterón empedemido".

-¿Qué le faltaría a este *mágico lugar*, en palabras de su director, Gloria López Salmerón, para ser su hogar?

-Duchas y camitas, ja ja ja. Me encantaría quedarme a dormir aquí algún día. Tengo muchas amistades, y la mayoría de los trabajadores [unos 600] saben dónde estoy y qué necesito. Con Manolo, uno de los funcionarios más veteranos, quedo un par de veces al mes para salir y tomar pizza.

**UN MILLÓN DE DOCUMENTOS.** No pocos secretos le quedan por desentrañar a Snow de este iceberg que deja ver solo un pínaculo de su saber. La Sala de Prensa y Revistas, el Mostrador de Préstamos, el Muelle de Carga, el Servicio de Depósito Legal, el Museo o el Depósito de Bellas Artes son estancias con mayor o menor poesía arquitectónica (se trata de medio millón de estanterías de almacenaje), por las que fluye un trajín mensual de 20 toneladas a indexar y archivar en un total de un millón de documentos al año. En tiempos de Felipe V se abrió al público la Biblioteca con solo 10.000 volúmenes. En 1837, Antonia Gutiérrez Bueno, autora de un diccionario histórico, se convirtió en su primera investigadora. Joseph Snow o el hispanista Ian Michael, otro de los asiduos desde hace lustros, son los dignos eslabones de estos detectives del saber. "Esto es una gran catedral, la joya de la corona del saber en España. Todos los cambios han sido positivos. En la primera época, la gente que trabajaba aquí te trataba miserablemente y no tenías más remedio que comprar su complicidad. ¡Incluso te tocaba esperar hasta 40 minutos a que tu bedel te trajera tu petición!", recuerda.

Tenista y nadador frustrado, cinéfilo irredento, Snow tiene claro que "para el investigador, un requisito primordial es la humildad. Como diría el filósofo griego, yo solo sé que no sé nada. Para mí, el pasado es todo, yo vivo en él. No tengo nostalgia. Si hubiera transmigración de almas, yo habría sido un monje o un copista de la Edad Media", elucubra. Bien en electrónico o bien en tradicional papel, Snow se emociona con Jane Austen, con Dickens, con Galdós... Pero solo llora leyendo la muerte de Don Quijote o cualquier obra de Dostoiévski. A diario Pepe, cuyo padre pescaba bacalao en Canadá, embarca a este buque rematado en su frontón con una alegoría: España corona de laurel a los que cultivan el estudio, con la paz triunfando sobre la guerra gracias las Ciencias y las Letras.

Se cumplen tres siglos de la Biblioteca, "la casa de los sueños realizados", según Vargas Llosa. Todo está en los libros. Y a ellos acude Snow. En su *reservado* pupitre 99. Desde hace 30 años. Todos los días. ☒